

EL DÍA QUE  
LA VIRGEN  
LLEGÓ A LA LUNA

Rolf Bauerdick

EL DÍA QUE  
LA VIRGEN  
LLEGÓ A LA LUNA

Traducción del alemán de  
Paula Aguiriano Aizpurua



Título original: *Wie die Madonna auf den Mond kam*

Ilustración de la cubierta: Jeff Zenner y glanegger.com/Shutterstock

Copyright © Rolf Bauerdick, 2009

Publicado por primera vez por Deutsche Verlags-Anstalt, München, 2009.

Derechos de traducción cedidos a través de Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona

[www.uklitag.com](http://www.uklitag.com) y Liepman AG, Zürich - [www.liepmanagency.com](http://www.liepmanagency.com)

Página web del autor: [www.rolfbauerdick.de](http://www.rolfbauerdick.de)

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2012

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-418-5

Depósito legal: NA-200-2012

1ª edición, febrero de 2012

*Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en:

RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

*para Louisa, Leonie y Lutz*

## Prólogo

Todos en Baia Luna sabían que las visiones de Ilja Botev no eran producto del don de la clarividencia profética, sino el simple delirio de una razón trastornada. Y yo, su nieto Pavel, más que nadie. En mi juventud aún había considerado las ilusiones de mi abuelo extravagantes quimeras, consecuencia de la influencia que ejercía sobre él el gitano Dimitru Gabor, el cual se mofaba alegremente de las leyes de la razón y la lógica. Más adelante, sin embargo, a medida que el raciocinio que sostenía a mi abuelo cedía bajo sus pies, fui en buena parte responsable de que el anciano se enredara de manera cada vez más cruel en la maraña de sus fantasmas. Por supuesto, nunca fue mi intención que se convirtiera en el hazmerreír de la gente, en un pobre tonto. Pero ¿qué pensaría cualquiera de un tabernero que parte en misión confidencial montado en un carro de caballos? Convencido de que debe advertir al presidente de Estados Unidos acerca del ingeniero balístico Wernher von Braun, acerca de un sospechoso cuarto poder y acerca de un desastre político de proporciones planetarias. Y provisto de un dossier secreto, una ridícula disertación sobre el misterio de la ascensión celeste del cuerpo de María, Madre de Jesús, escrito a mano y triplemente cosido al forro de un chaquetón de lana.

Hoy veo a mi abuelo Ilja y a su amigo gitano Dimitru con los ojos benévolos de la edad. Soy consciente de mi culpa y también de lo que les debo, a pesar de que su recuerdo poco a poco va apa-

gándose en Baia Luna. Hoy en día se mira hacia delante. Aquel que se detenga y eche la vista atrás es considerado un perdedor. Es el reino de la democracia. Ningún Conducator desafía ya al sol, ningún partido exige ya lealtad ciega, y la Securitate ya no encierra a los individuos rebeldes en celdas. Cualquiera puede pensar y creer lo que le plazca. Ya nadie redacta los panfletos incendiarios que antiguamente circulaban de forma clandestina. Las fronteras están abiertas. Somos ciudadanos libres. Nuestros hijos crecen en un país libre.

Yo mismo fui padre orgulloso y tardío de dos hijas. Fueron concebidas y nacieron en libertad. Desde entonces han volado dos décadas, como si una manecilla fulgurante de reloj me hubiera catapultado a través del tiempo. Entonces, durante la Era Dorada del Socialismo, nos faltaba de todo, pero tiempo teníamos de sobra. Puede ser que lo desperdiciáramos, que malgastáramos años de nuestra vida en esperas vanas. Hoy, el tiempo es un bien raro y preciado. A mí se me escapa, mientras que las nuevas generaciones se apresuran desmemoriadas en un ahora eterno. Pero si los niños ya no saben de dónde vienen, ¿cómo van a saber adónde van?

Dadas las circunstancias, mis hijas me harán pronto abuelo. A la espera de futuros nietos, me remonto en el tiempo hasta mi juventud, en los años cincuenta. Cuando cuento ahora a hijos y futuros nietos cómo llegó la Virgen a la luna, resuena en mi voz el eco de las voces de mi abuelo Ilja y del gitano Dimitru. Los dos amigos soñaban con su idea de libertad y al final de sus días, cuando ese sueño no era más que brasas entre ceniza fría, se cumplió. Sin embargo, no lo entendí hasta después de aquella histórica Navidad de 1989, cuando la Era Dorada de nuestro país acabó convertida en despojos para la historia.

Fue el día en que el gran Conducator, con las manos esposadas, murmuró entre dientes «Panda de Judas», antes de cantar bañado en lágrimas una última vez la *Internacional* y de proclamar con obstinación: «¡Viva la República libre y socialista!» Pero nadie aplaudió ni se agitaron banderitas. Apenas logró recorrer con su esposa la mitad de la distancia que lo separaba del paredón de ejecución en el patio del cuartel de Targoviste. Para los milicianos revolucionarios, el presidente ya no se merecía siquiera una orden de disparo como

es debido. Sólo un par de ráfagas. Sin una voz de mando. *Rata-tatatá, ratatatatá*. Los casquillos salieron volando y bailaron sobre la piedra fría. Se alzó una nube de pólvora. Entonces las rodillas del Conducator, acribillado por las balas, ya no lo sostuvieron. Se acabó la Era Dorada. Sin embargo, ocurrió algo extraño cuando el Genio de los Cárpatos, celebrado en los cantos de los poetas como el presente más dulce de la patria, reposaba inerte sobre su sangre con la chaqueta remangada aunque impecablemente abotonada.

A los milicianos del pelotón de fusilamiento se les metió el miedo en el cuerpo. En vez de celebrar extasiados la victoria, el temor se apoderó de ellos. Aterrados por lo que acababan de hacer, no se atrevían a mirar al dictador caído. Petrificados, apartaban la vista del titán de titanes, que yacía con los ojos abiertos fijos en el cielo, sin comprender nada. Algunos de los jóvenes observaron de reojo a su comandante y se santiguaron a sus espaldas en un gesto apresurado. Entonces cogieron las palas y echaron sobre el rostro del muerto un poco de tierra. ¡Esos ojos! Les resultaban insoportables. No así a los escuálidos perros callejeros, que habían olido a sangre. Se acercaban sigilosamente con la lengua fuera y el rabo entre las patas, sin ninguna consideración hacia la última y sincera mirada de un hombre que, en el momento de morir, desveló con desarmante sinceridad que ciertamente no había entendido en absoluto qué demonios estaba ocurriendo en realidad aquel día de Navidad de 1989.

El médico Florin Pauker, que tras la ejecución certificó en el informe la hora de la defunción a las 14.45, estuvo presente más bien por casualidad en el autodenominado Tribunal Revolucionario para la Salvación Nacional. Era neurólogo, no forense. El Partido lo había relevado pocos días antes de su cargo como director del psiquiátrico de Vadului y le había asignado un nuevo puesto de médico militar en el cuartel de Targoviste. Y como ni él ni su mujer daban importancia a la celebración de la Navidad, Pauker había cambiado su turno con un compañero. De este modo le había tocado certificar oficialmente la muerte clínica del Conducator y su esposa.

Florin Pauker se inclinó sobre el cadáver, no sintió el pulso y miró al muerto a los ojos. Probablemente unos segundos de más.

Tras garabatear su nombre al final del certificado de defunción, cogió el teléfono, pidió que llamaran al hotel Athénée Palace en la capital y que le comunicaran con la suite presidencial. Después de las tres palabras «Esto se acabó», montó en su Dacia y condujo de vuelta a la capital para reunirse con su mujer, en la calle Fortuna. Más tarde, el doctor Pauker contaría que en el patio de cuartel de Targoviste el tribunal revolucionario no había pasado por las armas al mal, sino a la inocencia.

Su esposa Dana y su única hija Irisetta explicaban que su marido y padre había cambiado mucho desde aquella Navidad sangrienta, como denominaban al día de la revolución. «Su carácter dio un giro de ciento ochenta grados. Se volvió más sentimental. Ya no era el médico enérgico de aguda inteligencia a quien le fui fiel más de treinta años», declaró Dana a un periodista francés que más adelante intentó reconstruir la caída del Conducator.

«Fue terrible —aseguraba su hija Irisetta—. Mi padre se convirtió en un blandengue de lágrima fácil y pusilánime. Se pasaba los días fuera de casa, pero no para disfrutar del aire fresco de la libertad, sino para consolar a los chiquillos tristes con que se cruzara.» Según ella, llevaba los bolsillos llenos de chicles norteamericanos y chupa-chups de colores, iguales a los que chupaba durante sus pesquisas aquel detective calvo al que desde hacía poco veían en la televisión. En cada esquina, su padre se rodeaba de una nube de niños entre los que distribuía sus golosinas. Y cada vez que veía en algún lugar a un crío de grandes ojos se echaba a llorar con desconsuelo. Últimamente su hija ya no se atrevía a frecuentar con él lugares públicos, de lo mucho que se avergonzaba de aquel asiduo lloriqueo paterno.

Para tratar de aliviar su ánimo sombrío, en los años noventa el doctor Pauker había emprendido numerosos viajes. Se sentía atraído por los lugares santos de la cristiandad, especialmente por aquellos donde se decía que tiempo atrás se había aparecido María, la Madre de Dios. Primero visitó los centros de peregrinación locales de Transmontania, después peregrinó a la localidad portuguesa de Fátima y a la bosnia de Medjugorje. Pero el neurólogo no encontró sosiego para su alma melancólica ni en el pueblecito pirenaico de Lourdes ni con la Virgen Negra polaca de Czestochowa.



Dana apenas podía soportar la transformación de su marido, ahora convertido en un santurrón. Consideraba enfermizo, incluso intelectualmente ofensivo, que Florin volviera de sus viajes con las maletas llenas de cachivaches horteras, vírgenes de escayola, botecitos con agua bendita y rosarios de plástico, bidones de agua milagrosa y postales en que el crucificado con la corona de espinas unas veces bajaba doliente la mirada y otras la alzaba radiante al cielo. Con cada nuevo objeto de devoción que entraba en su hogar, cada vez era más consciente de que su camino y el de su marido jamás volverían a cruzarse.

Y sin embargo se había esforzado mucho. Durante años Dana Pauker había tratado de reanimar unas facultades intelectuales hacía tiempo perdidas. Había evocado su época como director hecho y derecho de un instituto psiquiátrico, suplicándole que entrara en razón. Todo en vano.

Cuando en la última velada del pasado milenio quiso preparar la sala de estar para la cena de Nochevieja, advirtió consternada que su marido había descolgado el retrato del Conductor de la pared del salón. Durante una década ella había luchado por mantener el cuadro en su sitio, diez años de resistencia contra la arbitrariedad de la conciencia histórica, como lo llamaba Dana. Y ahora, como si tal cosa, Florin había quitado aquel retrato para sustituirlo por la fotografía de una estatua de la Virgen. Dana Pauker comprendió que había perdido la batalla. Estaba sola. Los últimos amigos del pasado, aquellos vinculados al Partido, se habían alejado, el matrimonio Pauker había desaparecido en la nada de la irrelevancia social. ¿Quién iba a querer frecuentar a un médico fracasado que deambulaba por las calles con un rosario y repartiendo chucherías pringosas?

En un último arrebato de ira Dana arrancó aquella imagen de la pared, abrió violentamente una ventana y arrojó el cuadro a la calle. Después se dirigió al armario de los medicamentos. Mientras tragaba todas las pastillas de que lograba echar mano cegada por la cólera, los viandantes que se dirigían a las fiestas de Nochevieja con una botella de vino espumoso barato bajo el brazo se quedaron asombrados. Sobre el asfalto de la calle Fortuna había una imagen de la Virgen en un marco de madera astillado y bajo un cristal he-

cho añicos. Su mano protegía al Niño Jesús desnudo sentado sobre un globo terráqueo, y su pie se apoyaba sobre una media luna.

Menos de nueve meses después del comienzo del nuevo milenio apareció en Baia Luna un septuagenario, envejecido aunque ágil. El 14 de agosto, víspera de la Asunción de María, preguntó en el pueblo por el señor Pavel Botev. Me lo enviaron. Lo reconocí al instante. Su penetrante mirada tras unas gafas redondas ya no era tan aguda como en las fotografías que yo viera en mi juventud, pero aun así resultaba inconfundible: era él. Se presentó con un nombre extraño que he olvidado y me pidió que al día siguiente lo llevara a la montaña de la Luna, a la capilla de la Virgen del Perpetuo Socorro. Acepté.

Mientras ascendíamos a la cumbre me contó su historia. Por supuesto, yo me preguntaba por qué me habría elegido precisamente a mí como su acompañante. Hoy creo que aquel anciano sabía hacía mucho tiempo que yo conocía su historia, sin detalles pero sí en lo esencial. Arriba, en la montaña de la Luna, dejó la capilla a la izquierda y apretó el paso hacia la escarpada cara sur del monte, hacia un pequeño cementerio con cinco cruces blancas anónimas.

—¿Cuál es la cruz de Angela?

—La del centro —respondí.

Se arrodilló, rezó un avemaría y se incorporó de nuevo.

—Se lo agradezco, señor Botev. —Me tendió la mano, que yo estreché.

—¿Ha llegado a su destino, doctor?

—Sí, señor Botev, pronto. Muy pronto —repuso él sonriendo.

Y acto seguido saltó al vacío, en silencio y con los brazos extendidos, como un águila. Volaba como un rey de las alturas que renuncia a su reino. El doctor Florin Pauker por fin era libre.

# 1

## Baia Luna, Nueva York y el temor de Angela Barbulescu

—¡Está volando! ¡Está volando! ¡Viva el socialismo! ¡Un hurra por el Partido! —Los tres hermanos Brancusi, Liviu, Roman y Nico, irrumpieron en nuestra taberna al anochecer, hacia las ocho, de muy buen humor, con el pecho henchido y el bolsillo generoso.

—¿Quién vuela? —preguntó mi abuelo Ilja.

—¡Pues quién va a ser, la perra! ¡*Laika!* ¡El primer ser vivo en el espacio! ¡A bordo del *Sputnik* dos! ¡Aguardiente, Pavel! ¡*Tuica* para todos! ¡Vamos, rápido! Apúntalo en nuestra cuenta —exclamó arrogante Liviu, y supe que en las siguientes horas no iba a tener descanso.

—¡La f-f-fuerza de la grave-ve-ve-dad ha sido ve-ven-cida! Ya no hay o-o-obstáculos para el p-p-progreso. En to-to-todo el mundo. ¡*Sp-Sputnik* p-pita y *Laika* la-ladra! —tartamudeó Roman, como cada vez que lo dominaba la excitación.

—Sí señor. Progreso —secundó Nico, el Brancusi más joven, a su tartamudo hermano—. ¡Un hurra por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas! ¡A su lado venceremos! ¡Conquistaremos el cielo!

—Bebeos vuestro aguardiente solos. —Los sajones Hermann Schuster y Karl Koch se echaron sus abrigos por encima y se marcharon.

• • •

El 5 de noviembre de 1957 el ambiente estaba tenso. Era martes y víspera del día que mi abuelo Ilja cumplía cincuenta y cinco años. Yo entonces tenía quince. Por las mañanas iba de mala gana al octavo y último curso de la escuela, por las tardes mataba el tiempo, y por las noches y los domingos ayudaba a mi abuelo en la taberna familiar. Debo mencionar que no se trataba de una fonda en el sentido corriente del término. Mi abuelo, mi madre Kathalina y la tía Antonia regentaban una tienda que durante el día proveía de lo necesario a las amas de casa de Baia Luna. Por las noches, con un par de mesas y sillas la convertíamos en taberna, donde los hombres venían a beber.

De la palabrería de los Brancusi acerca del progreso sólo entendí que un perro surcaba el cielo en un *Sputnik* que pitaba, que se las arreglaba para lograrlo sin el impulso de turbinas a reacción ni hélices propulsoras, y que aquello nada tenía que ver ya con los aviones convencionales. A costa, no obstante, de no poder volver jamás a la Tierra. Los satélites habían escapado a las leyes de la gravedad, prestos para emprender un viaje espacial eterno.

Mientras en la taberna los ánimos de los hombres se iban caldeando al hablar sobre el propósito del nuevo objeto volador, mi abuelo Ilja se mantenía tranquilo.

—Lo de la ingravidez no está mal. Cuenta con todos mis respetos. Pero el pitido no dará de comer a los rusos.

Dimitru Carolea Gabor se levantó y tomó la palabra. Algunos esbozaron una mueca de desprecio, ya que se decía del gitano que tenía los pies en el cielo y que pensaba con la lengua. Dimitru se llevó brusca y solemnemente la mano al pecho. Con el puño derecho sobre su corazón y firme como una roca, juró que el sonoro aparato volador era obra del Supremo Camarada entre los Camaradas. Cuando aún vivía, Iosif Vissarionovich Stalin había encargado en persona una flota entera de *Sputniks*.

—Máquinas maliciosas, camufladas como inofensivas esferas de hojalata, embarcadas en una misión operativa. Ahora incluso con un perro a bordo. Qué se le ha perdido al chuchito en las estrellas, eso no está claro. Pero yo os digo que esas arañas de aluminio no extienden sus antenas en el cielo por diversión. Los soviéticos traman algo. Esos pitidos, ese chirrido de cigarras cósmico no sólo

les robará el sueño a las personas pacíficas, también les hará perder el juicio. ¿Y sabéis qué significa eso? El hombre sin juicio se atonta, y la revolución mundial avanza así a paso marcial. Y entonces, camaradas —aseguró Dimitru mirando fijamente a los tres Brancusi—, entonces habréis conseguido por fin la igualdad proletaria. Para el tonto, todos son listos. Todos al mismo nivel.

—Desde luego en ti el pitido ya está surtiendo efecto —se mofó Liviu, tocó al gitano con el dedo índice en la frente, y en tono burlón añadió—: De todas formas, con vosotros los negros tampoco se podría crear un Estado. Empezad por hacer algo de provecho. Con Stalin estaríais todos...

—¡Eso es! Es justo lo que yo digo —lo interrumpió Dimitru—. Iosif era astuto como un zorro. Pero tenía problemas con la proletarización. Graves problemas. Porque con su método de gobierno sencillamente no lograba la igualdad de todos los soviéticos. Sin duda el Camarada Supremo se esforzó: prisiones mayores, calabozos con muros más altos, agua y pan, medias raciones. Multiplicó las horcas y los pelotones de fusilamiento a fin de erradicar los últimos focos de desigualdad. ¿Y qué resultó de aquello? Pues que tuvo que seguir ampliando los campos de trabajo para los desiguales. Los límites de las cárceles se volvieron inabarcables. Nadie sabe ya quién está dentro y quién fuera. Un dilema. Los soviéticos han perdido la perspectiva. Y ésa es la razón del *Sputnik*. El pitido anula el espíritu y la voluntad. Y donde no hay voluntad...

—¿Quién va a creerse semejantes estupideces? —exclamó Nico Brancusi. Bufando de ira, se levantó de un brinco y clavó los ojos en los parroquianos—. ¿Quién quiere escuchar esta mierda? ¡Maldita sea! —Desde lo más profundo de su garganta arrastró una flema, escupió sobre el suelo de madera y masculló—: Mentira de gitanos, palabrería de negros.

Dimitru tamborileaba nervioso sobre la mesa.

—No estoy mintiendo —dijo—. Si los cálculos son correctos, la madrugada del aniversario de mi amigo Ilja el *Sputnik* sobrevolará los Cárpatos de Transmontania entre los cuarenta y seis grados de latitud y los veinticuatro grados de longitud. Entonces pitará. Justo sobre nuestras cabezas. Os lo digo yo, lo que empieza con el *Sputnik* acaba en desastre. Y tú, camarada Nico, si quieres dirigir

hacia él tu reluciente culo, es tu problema. Pero yo soy un gitano, y un gitano nunca se acuesta con bolcheviques.

Sus hermanos sujetaron a Nico, que quería saltarle a Dimitru al cuello. El cingaroapuró su copa, eructó y salió de la taberna sin despedirse, no sin antes susurrarle al abuelo:

—Te espero. Cinco en punto.

Yo no sabía qué pensar de todo aquel alboroto. Cuando me fui a la cama apenas pude dormir. Probablemente el gitano había vuelto a descarrilarse de la vía del pensamiento razonable, con esas espe-luznantes suposiciones sobre el *Sputnik* y su pitido. Como otras tantas veces.

Sin embargo, la oración nocturna, que reconozco que olvidaba la mayoría de las veces, me hizo reflexionar. «Padre nuestro que estás en los cielos, venga a nosotros tu reino...» Con quince años tenía claro ya que el advenimiento del reino de Dios probablemente no tendría lugar en un futuro próximo. Al menos en Baia Luna. Pero con el *Sputnik* la cosa cambiaba. De acuerdo, el reino de Dios no se extendería por la Tierra, pero mientras tanto el hombre subía al cielo. O por lo menos un ser terrestre. Un perro. Seguro que el animal pronto moriría de hambre, pero ¿qué se le había perdido a un chucho en la inmensidad celeste?, allí donde reinaba el Señor con sus ejércitos celestiales, como predicaba cada domingo nuestro anciano párroco Johannes Baptiste desde el púlpito.

La noche se acercaba ya a su fin cuando la madera del suelo crujió. Escuché pasos sigilosos, de alguien que pretendía pasar inadvertido. El abuelo no quería despertarnos, ni a mí, ni a mi madre ni a la tía Antonia. Los pasos se dirigieron escaleras abajo y se perdieron en la tienda. Esperé un rato, me vestí y me deslicé con curiosidad tras él. La puerta exterior se hallaba abierta. Estaba oscuro como boca de lobo.

—¡Joder! —siseó alguien—. ¡Qué mierda de tiempo!

Era Dimitru.

—Baja la voz, vas a despertar a todo el pueblo.

—He rezado. Qué digo, Ilja, he suplicado al Creador que barriera con determinación estas malditas nubes con un soplo de su

todopoderoso aliento. ¿Y qué hace él cuando un gitano le pide algo por una vez? Nos envía esta bruma del demonio. Con esta niebla ya podemos olvidarnos del *Sputnik*.

Me escondí tras la puerta y miré fuera. Dimitru tenía razón. Durante toda la jornada había llovido a cántaros y ahora la niebla había bajado de las montañas. Ni siquiera se divisaban los contornos del campanario. Cinco campanadas sordas atravesaron la noche. Ilja y Dimitru miraron al cielo. Aguzaron el oído. Ladearon la cabeza, colocaron las manos tras las orejas y escucharon atentamente una vez más. En vano. Decepcionados, ambos encaminaron sus pasos a la tienda. No me vieron.

—Ilja, me pregunto si no sería razonable volver a la cama una horita más —comentó Dimitru.

—Es razonable.

Entonces la mirada del gitano recayó sobre el embudo de hojalata con que el abuelo embotellaba para las mujeres del pueblo el aceite de girasol, enviado en bidones desde Valaquia.

—Hombre, Ilja, aquí está el embudo. Lo utilizaremos como megáfono. Igual que un altavoz, pero al revés. Ya conoces el principio de concentración de las ondas sonoras. *Sonatus concentratus*, o algo parecido. Así puede captarse hasta el más leve atisbo de sonido.

Los dos salieron de nuevo y, a fin de amplificar el sonido, se colocaron el embudo de hojalata primero en la oreja izquierda, luego en la derecha. Durante un cuarto de hora giraron las cabezas en todas direcciones.

Cuando por fin carraspeé y les di los buenos días, se rindieron.

—Qué, Dimitru, ¿entonces quieres que el *Sputnik* te robe el juicio? —me mofé.

—Ríete, Pavel. Bienaventurados los que no ven ni oyen y a pesar de todo creen. No te quepa duda de que pita. Es evidente. Sólo que no lo oímos.

—No me extraña —dije hipócritamente—. La niebla de noviembre lo engulle todo. No se oye nada. Ni el balar de los cordeiros, ni siquiera a los gallos. Así que ni hablar del *Sputnik*, que está bastante lejos. Más allá de la fuerza de la gravedad, por lo que sé.

—¡Pavel! ¡Qué buena idea! Probablemente sea cierto que con niebla el *Sputnik* no funciona. El Camarada Supremo no reparó en

eso. Entre nosotros, bien pensado, Stalin era bastante idiota. Pero no vayas diciéndolo por ahí. En estos tiempos esas cosas traen problemas. Y ahora perdonadme, la cama me llama.

El abuelo parecía algo abochornado. Lo avergonzaba que le hubiera pillado en su quincuagésimo quinto cumpleaños delante de la tienda con un embudo en la oreja.

—Pavel, acompaña a Dimitru a su casa. Se va a romper la crisma. No se ve tres en un burro.

A regañadientes, fui a tientas con Dimitru hasta la parte baja del pueblo, donde vivía su clan. Ante el umbral de su chabola se colocó una vez más la mano tras la oreja y escuchó atentamente.

—Déjalo, Dimitru. Es inútil.

—*Sic est*. Tienes razón —admitió, me dio las gracias por acompañarlo y entró.

Quizá fuera casualidad, no lo sé, pero justo cuando volvía al pueblo el gallo comenzó a cantar y frente al campamento gitano una débil luz brilló en la niebla. Por segunda vez esa madrugada me dejé llevar por la curiosidad. La luz provenía de la casucha de la profesora del pueblo, Angela Barbulescu. ¿A esas horas? La Barbu, como la llamaban, siempre dormía hasta tarde. Rara vez llegaba puntual a clase, y cuando estaba ante los alumnos solía tener la mirada perdida y los ojos hinchados, pues aún le duraban los efectos del aguardiente de la noche anterior. Me desvié del camino y espí por su ventana. Estaba sentada a la mesa de la cocina con una pesada manta de lana sobre los hombros. ¡Increíble! Estaba ahí sentada, escribiendo. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba al techo, como si buscara las palabras apropiadas. Más allá del hecho de que la Barbu pareciera estar poniendo por escrito algo muy importante a horas intempestivas, me sorprendió su cara. Durante el último curso había empezado a resultarme repugnante, nunca la miraba con nada que no fuera desprecio, si no asco.

Sin embargo, la Barbu que vi la madrugada del 6 de noviembre de 1957 era diferente: clara y luminosa, incluso hermosa. Un día no tan lejano comprendería lo que había ocurrido aquella fecha en la casucha de Angela Barbulescu. Y me precipitaría en un abismo. Pero ¿cómo podía preverlo aquella turbia mañana de noviembre?



—Pavel, no le cuentes nada a Kathalina de esa estúpida idea del embudo, ¿estamos? A tu madre no le gustan esas bromas.

—Yo no vi nada. Y menos en tu cumpleaños. Palabra de honor.

El abuelo se quitó un peso de encima, yo le di la mano, lo felicité por sus cincuenta y cinco años y le entregué un paquete envuelto en papel satinado rojo.

Como cada año, mi madre, y nuera del abuelo, había pedido al cartero Adamski que trajera una caja de puros de la capital del distrito, Clusoara. Ilja desempaquetó su regalo sabiendo que tenía entre las manos una caja de madera de sesenta Caballeros Fino del grosor de un pulgar. El número de cigarros se ajustaba con precisión a los metódicos hábitos de fumador del abuelo. Estaba calculado para que duraran un año. Aquella caja de sesenta puros le permitía fumarse uno los domingos, uno en la festividad parroquial de la Asunción de María en agosto, otro en las fiestas de la patrona de Baia Luna, la Virgen del Perpetuo Socorro, así como uno en dos o tres días festivos más. Si se añadían los cumpleaños de sus amigos más cercanos, y calculando la posibilidad de que algún festivo parroquial o general como Todos los Santos, Nochebuena o el Día de la República cayera en domingo, resultaba que para su cumpleaños aún le sobraba el último Caballero, antes de recibir la siguiente caja.

Mi abuelo me dio las gracias y, en contra de su costumbre de no fumar hasta la noche, decidió permitirse ya entonces un cubano, como llamaba a sus puros. Sacó el último de la caja del año anterior y lo encendió.

—América —suspiró, exhalando anillos de humo—. ¡América! Menudo país.

Mi madre y yo sabíamos muy bien que los puros cubanos del abuelo nunca habían cruzado el Atlántico en la bodega de ningún barco. Los caracteres cirílicos en la vitola revelaban que el tabaco había sido liado en una fábrica búlgara cerca de Blageovgrad y que probablemente había sido transportado en un camión diésel de Ruse a Giurgiu, cruzando el Danubio por el nuevo puente de la Amistad. Sin embargo, mi madre no dijo nada y dejó que su sue-

gro creyera que Cuba era el estado federal más maravilloso de los Estados Unidos de América.

A los cinco o seis años comencé a sospechar que el abuelo apenas sabía leer. Hasta entonces lo había escuchado embobado cuando contaba historias o fingía leer un libro, pero a partir de cierto momento advertí que se enredaba sin remedio en el argumento, confundía lugares, tiempos y personajes, y sólo pasaba las páginas de libro muy de vez en cuando. En cuanto empecé a ir a la escuela, aquella suposición se convirtió en certeza. Para no dejarlo en evidencia no revelé a nadie ese hecho. Como él se manejaba fácilmente con los números y mi tía soltera Antonia, que se había instalado escaleras arriba en una buhardilla, era quien llevaba la contabilidad del negocio familiar, durante muchos años la carencia del abuelo fue ignorada por los habitantes del pueblo, incluso por el gitano Dimitru.

En cambio, era obvio que mi padre Nicolái no había tenido ninguna dificultad para leer y escribir en su tiempo, como deduje del subrayado y las notas al margen que había hecho de joven en un libro de poesía de Mihail Eminescu. Por lo demás, *El capital* de Karl Marx y un ajedrez gastado, en el que un cabo de vela sustituía a la reina blanca, fueron lo único de su legado que más adelante se demostraría útil.

No tenía ningún recuerdo de mi padre. Nicolái Botev era un extraño que para mí sólo existía en una fotografía colocada bajo un cristal del mueble del salón. En ella, fechada en diciembre de 1942 gracias a una nota en el reverso, aparecía como soldado de permiso. Con las mejillas chupadas, estaba sentado junto a mi madre en un trineo de patines ante la pendiente nevada de la colina del cementerio de Baia Luna. Yo, que tendría alrededor de un año, estaba de pie delante de él embozado en una bufanda y un gorro de cosaco encasquetado hasta las orejas. En esa foto familiar había algo perturbador que saltaba a la vista: las manos de mi padre yacían inertes y privadas de fuerza sobre mis hombros, incapaces de transmitir seguridad.

Las noches de invierno mi madre sacaba la foto del cristal, la colocaba en su regazo y permanecía sentada en silencio en su sillón. Podía estarse así horas, hasta que el sueño dibujaba en su rostro una

sonrisa ensimismada. Jamás hablaba de mi padre. Creo que quería esconder que sus pensamientos siempre giraban en torno a él y no quería recordarme su pérdida. Para mí, sin embargo, la ausencia del padre era algo natural. Además, la presencia del abuelo garantizaba que nadie en el pueblo me echaría en cara la falta de una figura paterna en mi educación.

En los años cincuenta vivían en Baia Luna doscientas cincuenta personas, distribuidas en treinta casas. Al sureste se elevaba la montaña de la Luna con la capilla de peregrinación de la Virgen del Perpetuo Socorro, al oeste el imponente macizo rocoso de los Cárpatos marcaba el límite del pueblo, mientras que hacia el norte se extendían los pastos y campos hasta que la vista se perdía en el paisaje de colinas de Transmontania. A los pies de la montaña de la Luna fluía el Tirnava. Tras el deshielo primaveral, el río se convertía en un torrente impetuoso, pero en los veranos secos y calurosos quedaba reducido a un riachuelo de agua pútrida desde el que los peces saltaban a tierra firme tratando de no asfixiarse. Siguiendo el curso del río se pasaba junto a una cruz de madera que conmemoraba el accidente causado por la tormenta de nieve de 1935, antes de llegar en una media hora a pie al vecino pueblo, Apoldasch.

En cambio, el trayecto a la montaña de la Luna duraba tres horas. Cuando mis piernas fueron lo suficientemente fuertes para soportar el ascenso sin lamentos ni refunfuños, el abuelo me llevaba regularmente consigo a la Virgen del Perpetuo Socorro. Al entrar en la capilla nos santiguábamos y ofrecíamos nuestro saludo a la Madre de Dios. De niño la Virgen siempre me pareció algo inquietante. Su semblante, tallado en haya siglos atrás por un escultor de mediocre talento, era de todo menos hermoso. Cuando alzaba la mirada hacia la Reina de los Cielos, que estaba colocada sobre un zócalo, sus rasgos me resultaban más atormentados que majestuosos. El proceder del artista con la cuchilla había sido bastante tosco, de manera que no apreciaba su dulzura hasta el segundo o tercer vistazo. El pie derecho de la Madre de Dios asomaba por debajo de su manto y estaba colocado sobre una media luna. Era evidente que el escultor no tenía mucho sentido de la proporción. El Niño

Jesús, sentado encima de un globo terráqueo y con la mano protectora de María sobre él, le había quedado demasiado pequeño, mientras que los majestuosos pechos de la Virgen eran demasiado grandes. Al igual que la media luna. Generaciones de fieles habían interpretado el pie sobre ésta como el triunfo de la Madre de Dios sobre los turcos, que bajo el símbolo de la media luna habían intentado convertir Europa al islamismo. Pero no lo habían conseguido gracias a la protección divina de la Virgen del Perpetuo Socorro de Baia Luna.

Tras visitar a la Madre de Dios, me sentaba con el abuelo en las rocas entre los arbustos de enebro. Empleando siempre las mismas palabras, «A ver qué nos ha preparado de bueno Kathalina», el abuelo abría la mochila y sacaba un recipiente con té negro azucarado, huevos cocidos, tomates, tocino y bocadillos de jamón. Después de comer, se tumbaba en la cálida hierba y despertaba media hora después, fortalecido por la siesta. Entonces nos quedábamos sentados un rato en silencio, contemplando el paisaje.

Mi abuelo me explicaba que si se pudiera volar desde la montaña de la Luna como la Madre de Dios, que como es sabido ascendió a los cielos en forma corpórea, en algún momento se aterrizaría livianamente en América. Al decirlo extendía el brazo en la dirección donde suponía que se hallaban los rascacielos de una ciudad a la que llamaba «Niuyorque». Según el abuelo esa extraordinaria ciudad se imponía como destino de un vuelo de tales características. Dimitru también se lo había confirmado al explicarle que el espacio geográfico entre Baia Luna y *Niuyorque* funcionaba como el campo magnético de un imán eléctrico, es decir, positivo y negativo, donde uno de los polos está condenado al vacío de la nada sin el otro. Visto así, la ciudad americana de *Niuyorque* debía a Baia Luna su grandeza. Por el abuelo me enteré de que los americanos, dada su naturaleza libre, nunca se entretienen con pequeñeces y por principio sólo piensan en términos ciclópeos. Construyen las casas más altas del mundo, lían los mejores puros y alzarón la más colosal de las estatuas de María en honor a la Madre de Dios a las puertas de *Niuyorque*, justo en medio del agua. La Virgen garantiza a los habitantes de los rascacielos paz, bienestar y protección ante los ataques enemigos. No sólo la antorcha encendida en su mano

indica el camino a barcos de todo el mundo, sino que además las cadenas rotas a sus pies prometen al recién llegado libertad de toda servidumbre. Por esa razón una diadema de siete puntas ciñe su cabeza, cada una de las cuales es más grande que el campanario de la iglesia de Baia Luna. Dimitru había interpretado el número 7 como los siete confidentes más cercanos a María: Dios Padre, su Hijo y el Espíritu Santo eran responsables de lo celestial, mientras que los cuatro evangelistas lo eran de lo terrenal.

No encontré ninguna ciudad llamada *Niuyorque* en el globo terráqueo del colegio. Pero la historia de la Virgen gigante y su antorcha de fuego parecía verdadera, pues un día vi en casa de mi amigo del colegio Fritz Hofmann un póster de la Virgen colgado de la pared en el salón, tan impresionante que me quedé boquiabierto. Era ella. Me sorprendió descubrir tal imagen de la Virgen justo en casa del fotógrafo profesional Hofmann, ya que a Fritz y sus padres, Heinrich y Birta, de origen alemán, la fe católica les era indiferente y eran los únicos del pueblo que no acudían nunca a la santa misa. Lo curioso además era que la estatua no estaba en *Niuyorque* sino indudablemente en Nueva York, como rezaban las letras negras del póster. Dado que el señor Hofmann tenía un estudio de fotografía en Clusoara, me pareció natural preguntar si era él mismo quien había sacado con su cámara la impresionante imagen. Pero por toda respuesta recibí un malhumorado «¡No!».

Por la mañana iba con Fritz Hofmann, de mi misma edad, a la escuela del pueblo, donde nos apiñábamos en un aula sesenta chicos y chicas desde los siete a los quince años. El hecho de que hubiera suficientes asientos para todos se debía a que los gitanos sólo enviaban a sus hijos a la escuela muy de vez en cuando o nunca. Angela Barbulescu era la maestra. A principios de los años cincuenta el Ministerio de Educación la había enviado de la capital a Baia Luna, presumiblemente obligada, aunque los motivos de dicho traslado jamás se aclararon. Por las conversaciones de los hombres en la taberna de mi abuelo, yo había intuido que antaño había sido muy guapa y que al principio se había esforzado en ocultar su tendencia

a la bebida. Pero en algún momento todo sentido del pudor la había abandonado. Sin embargo, las mujeres del pueblo insistían en que la Barbu no podía haber perdido el sentido del pudor, por la mera razón de que jamás había poseído el instinto natural y femenino de la decencia. Todo el mundo se había fijado en sus manos durante su primer domingo en Baia Luna, cuando subió al altar con ocasión de la misa para recibir el cuerpo del Señor. Sus uñas relucían con un estridente esmalte rojo sangre. Kora Konstantin aseguraba incluso que aquella bruja obscena le había impedido escuchar las palabras del párroco con el debido recogimiento. Kora puso en circulación el rumor de que la Barbu padecía de ninfomanía, y que la habían desterrado a las montañas para sofocar sus inclinaciones. De todas formas, hacía tiempo que yo no oía semejantes comentarios. El esmalte de uñas de Angela Barbulescu se había descascarillado. Además, las mujeres, detrás de sus cortinas, no le daban la oportunidad de dar ni tres pasos sin vigilarla.

Durante mi último año de escuela, la Barbu entraba en clase por las mañanas arrastrando sus botas de agua, con un vestido azul oscuro que brillaba pringoso de suciedad y oliendo a mantequilla rancia. A menudo se tambaleaba frente a la pizarra, esforzándose por mantenerse erguida. Cuando braceaba con su vara dirigiendo el himno nacional, nosotros debíamos colocarnos firmes, poner la mano sobre el corazón y cantar de carrerilla las ocho estrofas hasta el final. Después nos preguntaba sobre la historia nacional, y los más pequeños escuchaban cómo los mayores glorificaban las heroicidades de Miguel el Valiente, vencedor de turcos, cómo recitaban de corrido datos históricos desde los dacios hasta Gheorghe Gheorghiu-Dej, y cómo explicaban por milésima vez por qué la católica Baia Luna no se había unido a los reformistas a principios de siglo y nunca había sido conquistada por los turcos. Entonces entonábamos el himno de la Patrona llena de gracia en su manto protector. Y después tocaba Cálculo.

Los cursos de primero a cuarto sumaban y restaban columnas del cero al cien, los cursos de quinto a octavo debían multiplicar millares y decenas de millares y convertir en porcentajes las cuotas de aumento de la producción de leche y el engorde de los cerdos tras la colectivización de la agricultura, a pesar de que la nacionalización

de las granjas del distrito de Clusoara ni siquiera había tenido lugar aún. Por suerte la Barbu sólo miraba por encima los resultados. Por eso mi compañero Fritz Hofmann y yo acabábamos los ejercicios en un abrir y cerrar de ojos, pues apuntábamos extravagantes cifras inventadas.

Sin embargo, cuando la señora Barbulescu estaba sobria y tenía un buen día, se sentaba a su mesa, alisaba su vestido azul y hablaba de la vida en la París del Este. Así se llamaba a la capital, «la reluciente joya de Occidente». Siempre lo repetía. Alababa también las poderosas voces de las cantantes líricas y la gracia de las bailarinas del *Lago de los cisnes*, se deshacía en elogios sobre palacios de cultura recubiertos de espejos, templos del teatro y salas cinematográficas donde virtuosos actores americanos hechizaban con sus interpretaciones a los espectadores. Relataba de manera tan conmovedora la historia de una pareja de amantes llamados Rhett y Scarlett, que me sentía conmovido y escuchaba encantado sus palabras.

Cuando miraba ensimismada por la ventana, la profesora viajaba en sueños a un mundo sofisticado donde la sociedad elegante, tras disfrutar de una velada cultural, frecuentaba lujosos restaurantes no para «cenar», menos aún para «comer», actividades ambas propias del vulgo, sino para «degustar exquisiteces culinarias». Eso me confundía, porque «cenar» era para mí la única manera de alimentarse por la noche. En cuanto al refinamiento de las bebidas, nos hablaba de camareros en frac negro que revoloteaban silenciosamente en los locales de primera categoría y que para cien bebidas distintas tenían a mano cien copas diferentes. Eso me sumía en la perplejidad, porque en la taberna del abuelo sólo disponíamos de un tipo de vaso. Pero cuando escuchaba a la Barbu elogiar a los hombres de frac que servían el vino gota a gota en copas de cristal y a continuación secaban con esmero la botella con servilletas blancas, y al mismo tiempo observaba el rostro de mi maestra visiblemente estragado por el aguardiente, entonces hasta yo mismo me percataba de que algo en su vida se había torcido.

Por eso predominaban los días malos, en que tocaba Instrucción Ciudadana. Recientemente, el gobierno había impuesto una

promesa solemne de lealtad a la patria, a la que se añadía una profesión de fe en favor del Partido de los Trabajadores, asunto que estaba entonces en boca de todos. El periódico de Clusoara notificaba a diario la creación de nuevas organizaciones locales. En Baia Luna fueron los tres hermanos Brancusi y el herrero Emil Simenov quienes más se lanzaron a la tarea de convencer a los campesinos de afiliarse al Partido y celebrar la colectivización de la agricultura como un avance hacia el progreso. Aquella empresa no suscitaba gran entusiasmo, pero tampoco provocaba abierta resistencia. Aunque, claro, ¿hacia quién dirigir una eventual resistencia? ¿Hacia los arrogantes hermanos Brancusi, que daban sus discursos de propaganda en Baia Luna pero que, aparte de eso, no tenían voz ni voto? ¿Hacia los señores del Partido, que en la lejana capital promulgaban leyes cuyo cumplimiento nadie controlaba en el pueblo? Así que la gente esperaba demostrar estas cosas a los colectivistas si algún día ponían un pie en Baia Luna. A veces la Barbu también me daba la impresión de que enseñaba los estatutos del Partido a regañadientes. En ocasiones me parecía que exageraba su palabrería propagandista para provocar en sus alumnos rechazo de puro aburrimiento.

—Quizá quiera vengarse por algo —había conjeturado yo una vez ante Fritz—. Por algo que le ocurrió en la París del Este. Posiblemente una amarga decepción. O una grave injusticia.

—No, no me lo imagino —había respondido mi amigo—. ¿Quieres decir que nos hace tragar las consignas del Partido para que vomitemos? No, la Barbu no es tan lista.

Así que el aguardiente, que probablemente había alterado el curso de sus flujos cerebrales, se impuso como explicación de la palabrería socialista de la Barbu. En cualquier caso, a una persona en su sano juicio jamás se le habría ocurrido hacer copiar a alumnos indefensos poesía de Alfred Margul-Sperber. Seguramente ya habíamos escrito docenas de veces el poema *El Partido*:

*Allá donde dirijas tu mirada  
surge el devenir de un nuevo mundo,  
y mañana verás ya completada  
la obra que tu razón imaginar no pudo.*



Así rezaba la primera estrofa. Y así aparecía en los libros de lectura oficiales, impreso en la página 5 justo después del retrato del presidente Gheorghiu-Dej.

Como lo de copiar una y otra vez lo aburría mortalmente, Fritz había adoptado la costumbre de modificar los versos del poema. Durante una clase me pasó su cuaderno y leí:

*Si miras alrededor habrás desperdiciado tu mirada  
en favor de los idiotas del Partido, que gobiernan el mundo,  
y mañana verás ya la locura completada  
que hoy la señorita Barbu imaginar pudo.*

—¡Estás loco! —siseé—. Guárdatelo.

No fueron las palabras rebeldes lo que me asustó, sino la sangre fría con que había anotado las rimas en su cuaderno. Pero cualquier miedo a ser descubiertos por la Barbu se demostró infundado. Como no ponía ningún empeño a la hora de controlar los cuadernos, jamás parecía percatarse de la lírica insubordinada de Fritz. Lo que animaba a éste a multiplicar sus parodias sobre el Partido con creciente entusiasmo, hasta el desvarío grotesco. Pero un día el padre de mi amigo descubrió el cuaderno. Durante las dos semanas siguientes Fritz Hofmann no apareció por clase, y a partir de entonces un justificante de su madre lo dispensaba de Educación Física. A todo esto, Fritz no soltó una sola palabra acerca de lo ocurrido en su casa.

Por las visitas a su casa me enteré de que, a pesar de su nombre típicamente alemán, Heinrich Hofmann no daba ningún valor a las tradiciones de sus compatriotas. Entre los sajones de origen alemán cuyos antepasados se habían instalado en Baia Luna, la familia Hofmann era la única que no vivía de la agricultura ni la ganadería. En su patio ni siquiera cacareaban las gallinas. Hofmann evitaba todo contacto con los del pueblo, que por su parte lo dejaban en paz. Yo sólo lo veía u oía a veces, cuando se dirigía a toda velocidad a Clusoara con su chaqueta de cuero negro sobre su rugiente moto de fabricación italiana, una máquina potente que nadie más en Baia Luna habría podido permitirse.

Durante la semana Heinrich Hofmann trabajaba en su estudio de fotografía en la capital. Si antes la gente acudía a él cuando

necesitaba una foto de recuerdo de su boda o para su documentación, en los años cincuenta se ganaba la vida realizando retratos artísticos de estudio. Así llamaba Fritz a la actividad que sin duda proporcionaba a su padre ingresos considerables. Desde luego a mí la familia Hofmann me parecía bastante adinerada. La madre de mi amigo, Birta, era la única mujer en el pueblo que no tenía que encender el fuego para cocinar. Colocaba sus cazuelas sobre fogones de hierro electrificados que se ponían al rojo con sólo girar un botón de baquelita y hacían silbar cualquier tetera en segundos. Era una mujer treintañera, con rizos rubios cortos y ojos azules como el acero. Cuando reía, sus dientes blancos relucían entre unos labios rojos. Sin embargo, me había percatado de que tan sólo irradiaba esa alegría relajada si su marido estaba en Clusoara. Cuando los fines de semana Heinrich Hofmann se sentaba en su sillón bajo el póster de la Virgen de la antorcha de Nueva York y una estantería con muchos libros de un tal F. W. Nietzsche, ella siempre parecía nerviosa. Se mordía las uñas y su risa sonaba forzada. Fritz también se volvía súbitamente más callado cuando su padre entraba en la habitación. Al contrario que en el colegio, reprimía los comentarios impertinentes y limitaba sus palabras a lacónicos monosílabos.

Yo no soportaba al padre de mi amigo. Cuando entraba en el salón de los Hofmann e intentaba tenderle la mano, él dejaba por un momento uno de sus libros de Nietzsche y me observaba con una mirada penetrante por encima de sus gafas de lectura. Entonces hacía un gesto con la cabeza, como quien espanta una mosca pesada, y retomaba la lectura. En algún momento juré ignorar al señor Hofmann. El juramento duró hasta poco antes de las vacaciones de otoño de 1957.

Un día, en la última hora de clase la Barbu nos encargó a los alumnos mayores calcular las tasas de crecimiento de las exportaciones de cerdos de engorde a la Unión Soviética. Como solíamos hacer, aposté con Fritz qué resultados ininteligibles llegaría a aceptar nuestra maestra. Anoté un siete con catorce decimales. Cuando Fritz subió la apuesta a veintitrés, la Barbu le dio palmaditas en la espalda.

—Exacto, exacto. Tu precisión te será de provecho, Fritz. De un provecho incalculable.

Fritz la miró, asintió con fingida educación y dijo:

—Muchas gracias, guapísima señorita Barbulescu.

Me sorprendió que Fritz no sonriera cuando ni yo mismo pude aguantarme y rompí a reír. El significado de aquella carcajada estaba claro para toda la clase. La Barbu alzó su vara y me miró. Entonces tomó impulso. Yo me agaché.

En ese momento ocurrió algo que nunca habría imaginado. Mientras rogaba que la vara no me diera, Fritz se levantó de un salto, sujetó el brazo de la Barbu y lo mantuvo firmemente aferrado. Con una mirada fría, le dijo tranquilo, casi en susurros:

—¡Adelante, péguele! Pegue a mi amigo y ya verá cómo mi padre le hace la vida imposible.

No entendí la descarada amenaza a la profesora. Es cierto que me libró de los golpes, pero me pareció atroz. La Barbu se apartó de mí, pálida como un cadáver. Fritz la soltó y por un momento pareció que ella bajaba la vara. Pero sí que pegó. Aporreó una y otra vez a Fritz. Sin furia, más bien con desesperación, o al menos eso me pareció. Fritz se limitó a seguir de pie, sin decir ni pío, sonriendo mientras ella enrojecía. Hasta que la vara se rompió y la maestra desistió, agotada.

Al final de la clase, cuando estaba recogiendo mi cartera para irme a casa, anunció:

—¡Botev! ¡Tú te quedas una hora castigado! ¡A copiar!

La imposición de aquel castigo inofensivo sonó más a ruego que a orden.

Me repantigué en un banco del aula vacía y noté que la Barbu estaba más alterada que yo. Recorría la pizarra de un lado a otro, mientras sus manos jugueteaban con un trozo de tiza. Finalmente, con ostentosa severidad dijo que no se le había escapado que la clase me aburría y que estaba muy por debajo de mis capacidades.

—¿Va a decirme lo que tengo que copiar? —refunfuñé.

—No tienes que copiar nada.

—¿Y entonces qué estoy haciendo aquí?

La mujer tragó saliva, miró al techo y se mordió el labio, como si quisiera evitar que se le escapara alguna palabra insensata.

—Pavel, había pensado que tú y Fritz sois amigos. Y quizá, quiero decir, el padre de Fritz es... —Se tapó la boca con la mano.

Yo me puse impertinente.

—¡Lo que tiene es miedo del señor Hofmann!

La tiza se quebró entre sus dedos y el polvo blanco cayó en su vestido azul.

—Sí. Sí, Botev, vuestra maestra tiene miedo.

Me mordí el labio.

—Pero ¿por qué? —balbuceé por fin, consternado—. ¿Qué quería decir Fritz con eso de su padre? Yo creía que sólo estaba alardeando. Siempre lo hace. Es un fanfarrón. Él es así.

—Fritz será como su padre —dijo Angela Barbulescu mirando por la ventana.

No añadió nada, pero me bastó para comprender que yo era un chico de quince años y no un hombre. Lo que me separaba de los adultos era conocer secretos de los que no tenía ni idea.

—Tu castigo ha terminado —anunció la maestra de pronto.

No hice amago de levantarme.

—El señor Hofmann no le hará nada —solté sin pensarlo.

Rió de manera forzada.

—Y tú me protegerás. Qué detalle, chico. Será mejor que te vayas a casa.

—¡No! ¡Me iré cuando me diga por qué teme al señor Hofmann! —exclamé, sorprendido de la firmeza de mi voz.

—Créeme, Pavel, eres demasiado joven...

Me incliné y cogí un trozo de la tiza rota.

—Es verdad. Soy joven, como Fritz. Pero para hacer palidecer de miedo a una profesora, blanca como esta tiza, él sí es bastante mayor.

Me miró.

—Aquí no. En el colegio no. Ven a mi casa esta noche. Cuando esté oscuro. Y no hables de esto con nadie.

Con la excusa de ir a ver a Fritz a su casa, dejé a mi madre, la tía Antonia y el abuelo Ilja sentados a la mesa, acabando de cenar. Subí por la calle del pueblo entre las sombras del crepúsculo. Un poco antes del portal de los Hofmann me volví, no vi a nadie y me precipité a la derecha como un rayo para agazaparme junto al muro

de la iglesia fortificada. Me apresuré por detrás de la iglesia junto a la colina del cementerio en dirección contraria, hacia la parte baja del pueblo, donde vivía la Barbu en la casucha de madera enfrente de los gitanos.

Aún no había llamado cuando ella abrió. Pasé y me quité los zapatos, como era costumbre al entrar en casas ajenas. Me cogió la chaqueta, me guió hasta la sala, que tenía la calefacción demasiado alta, y me pidió que me sentara en su sofá. Para mi sorpresa, no llevaba su mugriento vestido azul como esa misma mañana en el colegio. Se había puesto otro de verano, fresco y ligero con luminosos girasoles amarillos. Emanaba la fragancia de los rosales. Al contrario de lo que esperaba, la habitación parecía ordenada y limpia. Pero no me sentía a gusto. Una vela ardía sobre un tapete redondo en una mesita baja. Junto a ella había una botella de *tuica* abierta y encorchada. No vi ningún vaso. Al lado de la botella había un libro abierto boca abajo. Como no sabía qué hacer, lo cogí. Eran poesías de Mihail Eminescu.

—¿Puedo hojearlo? —pregunté para disimular mi timidez.

—Eres demasiado joven para esos versos.

Pasé por alto la objeción. Algunos versos estaban subrayados con lápiz: «Sólo tengo un deseo: que en la paz de la tarde me permitáis morir a la orilla del mar.» Aún alcancé a leer acerca del frío viento del anochecer, de árboles sin hojas y del pálido resplandor lunar sobre las tumbas, antes de cerrar a Eminescu bruscamente.

Un pedazo de papel se deslizó de las páginas del libro hasta la mesa. Era una foto cuadrada con un borde blanco dentado.

—Mírala tranquilo, chiquillo —dijo la profesora, tendiéndomela.

—Ya no soy un chiquillo —objeté—. Quería hablar conmigo del señor Hofmann. Aquí estoy.

Eché mano de la botella, quitó el corcho y dio un trago.

—¡Que ya no eres un chiquillo! Eso ya lo veremos.

Yo callaba y observaba la foto cautivado.

—Como podrás comprobar, yo antes no era mal partido.

Tuve que admitir en silencio que la Barbu tenía razón. En la fotografía aparecía con un hombre que llevaba el pelo hacia atrás y engominado, como era costumbre entre la gente culta. Con la cha-

queta abierta y una corbata con el nudo flojo, un cigarrillo encendido en la comisura de la boca, sonreía pícaro a la cámara. Incluso con osadía. Entre el dedo corazón y el anular de su mano izquierda sostenía despreocupadamente un vaso barrigudo de aquellos que yo nunca había visto en la taberna de mi abuelo. El engominado rodeaba con su brazo los hombros de la maestra Barbulescu, cuyo rostro sin embargo sólo se veía de perfil. A diferencia de ahora, tenía el pelo largo y rubio, recogido con un pañuelo en una coleta. Estaba radiante, con los ojos cerrados y alargando los labios, una fracción de segundo antes de besar la mejilla del hombre que se encontraba a su lado. Si no me equivocaba, en la foto en blanco y negro llevaba el mismo vestido de girasoles con el que estaba ahora sentada junto a mí en el sofá.

—¿Tomada en la capital? —pregunté con forzada indiferencia.

—Sí. Y te diré quién apretó el disparador de la cámara en aquella ocasión.

—¿Heinrich Hofmann?

—Exacto, chico. Exactamente. La hizo Hofmann.

—Y ese hombre de la foto, ¿era su prometido?

—Él tenía muchas prometidas. —La Barbu rió.

Aquella risa me inquietaba. Como ayudante en la taberna estaba familiarizado con los tipos de risa más variados. La sonrisa socarrona, la risa maliciosa, el vocerío estúpido. Conocía la sonrisa vergonzosa de los tímidos, las carcajadas de los bromistas y los berridos de los borrachos. Por la risa podía incluso determinar el grado de embriaguez de los clientes del abuelo. Pero nunca antes había oído una risa como la de la Barbu. Me extrañó y desconcertó. Deseé estar muy lejos, de vuelta con mi abuelo, con mi madre y con la tía Antonia, con quienes acababa de cenar, a quienes había mentido.

—Es un hechicero —añadió, dejando de reír súbitamente—. Sabe brujería. Convierte el vino en agua y los campos en desierto. El fotógrafo Hofmann es su mano derecha. Estate atento, chico. Ándate con cuidado.

Antes de que comprendiera la locura de aquellas palabras me arrebató la fotografía y la sostuvo sobre la vela encendida. Las llamaradas azules devoraron el papel. Cuando el fuego había cha-

muscado la mitad de la imagen, sopló encima unas cuantas veces, enérgicamente. Copos de ceniza flotaron por la habitación. El hombre que estaba a su lado había desaparecido. Me tendió el resto de la instantánea, en que besaba la nada.

—Es para ti. ¡Cógela!

—¿Qué voy a hacer con ella? —inquirí, reacio.

—¡Cógela! Cógela como recuerdo de que vuestra Barbu fue una vez Angela Maria Barbulescu.

Me la metí en el bolsillo a regañadientes. Se sentó junto a mí en el sofá y se colocó el libro de poesía de Eminescu en el regazo. Sin abrirlo, recitó:

—«Hasta qué punto tus encantos pueden cegarme para siempre, y los murmullos de tu boca, y el estrecharme de tus brazos.»

Dio otro trago y se acercó a mí. El aroma a rosas se desvanecía en su fuerte aliento a alcohol. Estaba borracha. Me quedé petrificado cuando me pasó los dedos por el pelo.

—¿Tienes miedo, chico?

—No —susurré.

De pronto asustada por haber intentado un acercamiento prohibido, retiró la mano y se alisó el vestido. Como hacía siempre en clase cuando se sentaba en su pupitre y hablaba de la París del Este. Me levanté de un salto.

—Discúlpame, Pavel, por favor. Lo siento —suplicó. Yo ya estaba en el pasillo, poniéndome los zapatos—. ¡Pavel, a menudo las cosas no son lo que parecen! Y créeme, las personas tampoco.

Pero yo ya subía por la calle del pueblo, y tras tropezar con mis cordones y caer, me levanté a duras penas y eché a correr.

A la mañana siguiente en el colegio todo seguía como siempre. Himno, vestido azul, porcentajes y poemas del Partido. Las semanas sucesivas, en que el invierno ya estaba a las puertas, transcurrieron con la misma monotonía, sólo que yo rehusaba colaborar en clase. La Barbu me dejó en paz y evitaba hablarme. Hasta aquel día de noviembre que empezó con el intento de mi abuelo Ilja y su amigo Dimitru por captar el pitido del *Sputnik* con un embudo de hojalata.

• • •

—¡Pavel, *tuica!* ¡Pavel, una jarra de vino Silvaner! ¡Pavel, mi vaso tiene un agujero!

Los clientes me llamarían a gritos y yo acudiría corriendo, como todos los años en el cumpleaños de mi abuelo, el 6 de noviembre. Al volver del colegio, apartaría cajas con verduras, cubos de sirope de azúcar y pesados sacos de patatas, recogería la caja registradora, la balanza y las pesas del mostrador, y arrastraría las mesas de madera y las sillas de mimbre desde el almacén. Cuando el vino y las botellas de aguardiente de frutas estuvieran sobre la barra, empezarían a acudir todos. Casi nadie en Baia Luna dejaba pasar la oportunidad de visitar al comerciante y tabernero Ilja Botev en su aniversario. Hans, el sastre de origen alemán, nunca despreciaba un licor de ciruela, al igual que sus compatriotas Hermann Schuster y Karl Koch. Alexandru Kiselev y el mordaz herrero Simenov permanecerían dentro una hora más o menos. El húngaro Istvan Kallay, como una cuba, se tambalearía por la noche hasta casa con su mujer, y Trojan Petrov probablemente introduciría a su hijo de diecisiete años Petre en el círculo de los adultos. Por supuesto los exaltados Brancusi también se dejarían ver. Y el gitano Dimitru, claro. Lo único incierto era si el anciano párroco Johannes Baptiste, casi nonagenario, acudiría ese año a la cantina.

Va a ser una jornada larga, pensé cuando por la mañana le di a mi abuelo la caja de puros envuelto en papel rojo. Mientras él disfrutaba su cubano, mi mirada se posó en el reloj. Tenía que irme a la escuela.

—¡Pero si no has comido nada! —me gritó mi madre mientras yo me echaba sin ganas la cartera al hombro.

Salí de casa y deseé que las horas sobre el duro banco de madera ya hubieran pasado, pero el octavo y último curso se alargaba en el tiempo con espesa lentitud. Tras el largo invierno, quedaría hasta la primavera, y habría cumplido por fin con la aburrida época del colegio. Mientras avanzaba calle abajo la mañana del 6 de noviembre de 1957, no podía imaginar que con el sonido del timbre daría comienzo mi último día escolar.

Angela Barbulescu apareció puntualmente a las ocho. Parecía otra. No miraba con ojos turbios, sino francos y claros. Como cuando la había espiado al amanecer escribiendo sentada a la mesa de



su cocina. Bajo el brazo llevaba un paquete gris. Yo ya sabía qué había dentro, pero aún ignoraba que su contenido haría descarrilar mi vida.

Días atrás había aparecido un mensajero en Baia Luna bajo una lluvia torrencial. Tras entrar en nuestra tienda, se había identificado como enviado del gobierno del distrito y había preguntado por la profesora Barbulescu. El abuelo le tendió un paraguas, que el hombre aceptó agradecido.

—Seguro que hay algo importante en ese paquete —opinó el abuelo, dando pie así al repartidor para desahogarse.

—¡Gracias a Dios es la última entrega! Trescientas escuelas rurales en dos semanas, le digo yo que eso agota al más pintado. ¡Te dejas la espalda! Y con este tiempo de perros. Dos horas de reloj me ha llevado llegar a este poblacho. El diésel me ha dejado tirado tres veces en el barro. ¡Tres veces! En la administración se quejan cuando no cumplo los plazos, pero nadie te avisa de que las carreteras aquí arriba son un desastre. Tienen baches como cráteres.

Sólo escuché a medias cuando el mensajero se puso a hablar de un nuevo secretario del Partido en Clusoara, un hombre capaz con futuro cuyo retrato habría que colgar en todas las escuelas del distrito. Creo que esa tarde fue la primera vez que oí el nombre de Stefan Stephanescu. En cualquier caso, el mensajero dejó entrever que el nuevo secretario no era uno de esos individuos arrogantes del Partido, uno de esos listillos que creen saberlo todo y no tienen idea de nada.

La Barbu renunció al himno nacional. En cambio, abrió el paquete gris y sacó un cuadro enmarcado. A pesar de que había chicos más hábiles en las tareas manuales, me eligió justo a mí para colgarlo de la pared. A la derecha del presidente Gheorghiu-Dej, de mirada penetrante, a quien los hombres de Baia Luna llamaban con disimulo y respeto «el pequeño Stalin». Avancé hacia la pizarra de mala gana y me subí a una silla. El alboroto se extendió por la clase. Angela Barbulescu me pasó un martillo y un retrato en un marco dorado mate. Me agaché para recoger la fotografía. Me llegó la misma fragancia a rosas que aquella horrible noche en el sofá en su cuarto de estar. Me susurró algo. En un primer momento no

percibí su rabia. Sólo dos breves frases. A pesar del barullo, las oí claramente. Sin embargo el sentido de las mismas no se desveló hasta instantes después, cuando levanté la imagen para saber dónde colocar el clavo. Entonces reconocí a quién tenía que colgar en la pared.

—¡Manda a este hombre al infierno! —había dicho la maestra—. ¡Elimínalo!

El martillo me resbaló de la mano y me dio en el dedo del pie. Sentí un dolor punzante y caí de la silla. La clase celebró con entusiasmo mi desgracia.

«¡Manda a este hombre al infierno! ¡Elimínalo!»

Conocía al retratado. Ya había visto una vez a aquel hombre que me miraba con una sonrisa cautivadora. Sólo que su pelo esta vez no brillaba engominado y la corbata estaba en su sitio. Al pie de la imagen se leía la máxima: «Los niños son nuestro futuro.» Era el hombre de las muchas prometidas. El hombre hacia quien la Barbu en tiempos más felices había acercado los labios, dispuesta al beso. El hombre que había quemado de la foto, cuya mitad restante estaba en *El capital* de Karl Marx en mi habitación.

—¡Silencio! ¡Guardad silencio! —ordenó la Barbu sacándome de la rigidez del espanto—. Tenemos que agradecer este retrato magistral al buen criterio de un fotógrafo que ha llegado lejos en el arte de las instantáneas. Muy lejos. Como sabéis, su hijo Fritz también entrará pronto en el mundo de los adultos y quizá algún día siga incluso las huellas paternas.

Los ojos de la clase volaron hacia Fritz Hofmann. Él se reclinó lentamente y fingió un bostezo, antes de exclamar «¡Bravo, bravo, bravo!» y ponerse a aplaudir. La Barbu pasó por alto la provocación y explicó que aquella persona era el nuevo secretario del Partido en Clusoara, el doctor Stefan Stefanescu, un experto en economía y administración doctorado con honores en la universidad de la capital.

—Pero recordad: no es oro todo lo que reluce. —La clase se quedó en silencio—. Diferenciar lo real de lo falso —continuó— es una tarea que exige mucha perspicacia. Corazón y razón. Quizá el doctor Stefanescu se encuentre algún día con alguien que esté a la altura de dicho cometido.

—¡Amén! —soltó Fritz.

Me deslicé de vuelta a mi sitio con un dedo del pie azul e hinchado. Percibí con asombro cómo el horror desaparecía dejando paso a una lucidez que me era desconocida. «¡Elimínalo!» Esta orden me había noqueado, pero estaba de nuevo en pie, sereno y concentrado. «¡Manda a este hombre al infierno!» Tan sólo una lunática, una borracha con la razón anegada en *tuica* podía haberme murmurado al oído a mí, un quinceañero, semejante encargo demencial. ¿Yo, Pavel Botev, debía eliminar a ese doctor? ¡Menuda ridiculez! Un hombre al que no conocía y que en las fotos resultaba de todo menos desagradable. Ni hablar. No me dejaría utilizar por una mujer trastornada para un asunto sucio. Jamás.

—La Barbu está chiflada. Stephanescu es un buen tipo. Es amigo de mi padre.

El comentario de Fritz pareció casual, pero me llamó la atención. ¡Heinrich Hofmann! Mi recelo silencioso hacia el trabajo artístico del padre de Fritz cobraba por momentos nuevas y venenosas fuerzas. Mi desconfianza fue en aumento hasta convertirse en una grave sospecha que sin embargo quedó en el aire porque, aparte de una considerable dosis de antipatía, no encontraba argumentos en que apoyarme. Lo único que estaba claro era que la Barbu y Stephanescu tenían un conocido en común. Aunque en este caso el término «conocido» era quedarse corto. Heinrich, el padre de Fritz, era en realidad amigo de ese tal doctor, que a su vez había sido en el pasado amante de mi maestra. Algo debía de haber sucedido entre ambos, algo desagradable, incluso cruel, visto que la Barbu había reducido a cenizas la cara de ese hombre a quien una vez había querido besar. ¿Y qué si la Barbu tenía una cuenta pendiente con aquel tipo? ¡Era su problema! Pero ¿qué tenía que ver con ello el señor Hofmann? Había fotografiado a Stephanescu al menos dos veces, como estudiante y ahora como secretario del Partido en Clusoara. Hofmann se movía en las altas esferas. Tenía influencias. Poder. Y usaba ese poder para tener a la Barbu en su punto de mira. Fritz la había amenazado antes de las vacaciones de otoño con que su padre le haría la vida imposible. La profesora se había quedado lívida. Tenía miedo, pero ¿de qué? Yo estaba más alerta que nunca. Era presa de la curiosidad.

De pronto comprendí por qué Fritz había justificado últimamente su desinterés en los demás compañeros de clase asegurando que sus días en Baia Luna estaban contados. «Mi padre busca una casa en Clusoara, y en cuanto encuentre algo adecuado, nos iremos de este pueblucho.» Yo no creía que Fritz hablara en serio. La simple idea de marcharse voluntariamente jamás se les habría ocurrido a las familias de origen alemán como los Schuster o los Schneider. Sin embargo, cuando el retrato del amigo del señor Hofmann, Stephanescu, estuvo colgada de la pared del aula comprendí que mi amigo había dicho la verdad. Muy pronto volvería la espalda a Baia Luna. Fritz se repantigaba aburrido como siempre en su banco, pero yo ya no lo veía como un confidente, sino como un extraño. Inaccesible, reservado. De todas formas la frialdad de la distancia no sólo procedía de él. La fosa de la enemistad también se abría en mí, como si siempre hubiera estado ahí pero sólo ahora se hiciera visible.

—¡Libro de lectura página once! —decretó la Barbu—. El himno patriótico de Hans Bohn. ¡Julia, lee!

Julia Simenov, la primera de la clase, se levantó y recitó con voz clara:

*Amo el país que los Cárpatos coronan de bosques,  
tan hermoso y rico en su naturaleza.  
El país de los andamios y los heroicos actos,  
en el que el hoy ya no se asemeja al ayer.*

Luego sacamos los cuadernos. Mientras todos, excepto Fritz y yo, ponían por escrito las estrofas del himno, la Barbu se apoyó en la pared del fondo de la clase. Tiraba de su vestido azul y se frotaba la barbilla; yo mordía mi lápiz. Tardé en darme cuenta de que se acercaba a Fritz. Le acarició la cabeza, con aire trastornado y extrañamente ausente. Casi de forma involuntaria, o eso me pareció.

—Dile a tu padre que se acabó. La Barbu ya no tiene miedo —la oí murmurar.

Fritz la miró con aire burlón. Entonces se levantó de su sitio y fue tranquilamente hasta la pizarra. Tomó una tiza y escribió:

*Cuando la Barbu al oído me sisea  
se me pone como una chimenea.*

De pronto sentí frío y calor a la vez. El valor de Fritz me impresionaba tanto como me asustaba su desvergüenza. Estaba seguro de que los mayores estallarían en carcajadas. Sin embargo, no sucedió nada. En las primeras filas un lápiz cayó al suelo. La Barbu caminó hacia su pupitre, muy despacio. Iba a coger su vara para empezar a zurrar vociferando. Pegaría y pegaría. Y Fritz no movería ni un músculo, sonreiría como siempre que la maestra le daba una tunda y chillaba furiosa hasta derrumbarse de puro agotamiento. Pero esta vez la Barbu no siguió el guión habitual. Cogió un paño y limpió la pizarra. Después se sonó en el trapo y se frotó los ojos. El polvo de tiza se mezcló con sus lágrimas y le embadurnó la cara.

—Podéis iros a casa —dijo en voz baja y con expresión de infinito cansancio.

Pero todos permanecemos sentados. Únicamente Fritz recogió su cartera y se largó. Entonces sonó el timbre. Angela Barbulescu descolgó el cuadro de Stephanescu de la pared y salió de la clase arrastrando sus botas de goma.